462

ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMATICA

¡AMÉN!

ó

EL ILUSTRE ENFERMO

SAINETE EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

TOMÁS LUCEÑO

MADRID
CEDACEROS, 4, SEGUNDO
1890

10

¡AMÉN!

ó

EL ILUSTRE ENFERMO.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados de la Administración Lírico-dramática de DON EDUARDO HIDALGO, son los encargados exclusivamente del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

¡AMÉN!

Ó

EL ILUSTRE ENFERMO.

SAINETE EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

TOMÁS LUCEÑO.

Estrenado en el TEATRO LARA la noche del 8 de Abril de 1890

MADRID
R. VELASCO, IMPRESOR, RUBIO, 20

1890

A Pepe Estremera

EXCELENTE ESCRITOR Y AMIGO

Mira Pepe: Esta obrilla, que te dedico con mucho gusto, porque te profeso verdadera amistad, ha sido recibida por el público y la prensa de Madrid con una benevolencia tan grande, que, á poco más, raya en injusticia. ¡Dios se lo pague, y me conceda cien años de vida para agradecérselo con todo mi corazón!

Con esto quiero decirte, que aunque el sainete no vale nada, no llega á tí tan desamparado como si hubiera obtenido un éxito en relación con su importancia. De todos modos, sufre resignado esta dedicatoria, porque antes que yo haga un sainete digno de tu talento, necesito nacer tres veces y, francamente, con una basta, porque esto ya está visto.

Te quiere muy de veras tu admirador y amigo

Tomás.

P. D. Si ves á Vital, dale, en mi nombre, las gracias más expresivas, por el interés y acierto con que, accediendo á mis súplicas, ha dirigido los ensayos del sainete. Ha sido una prueba de amistad que nunca olvidaré.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
CLOTILDE	Sra. Valverde.
LUISA	Srta. Rodriguez.
UNA JOVEN DEL PUEBLO BAJO UNA VOZ DE MUJER	Sra. Mavillard.
MERCEDITAS, hija del Presidente del Consejo de Ministros	Srta. Blanco.
LA DONCELLA DE S. E.	Cruz.
LA SEÑORITA DEL PRINCIPAL IZQUIERDA	Martínez.
DON CEFERINO, senador	Sr. Rubio.
AYUDANTE DEL GENERAL PEREZ DON RUFINO SUAREZ, cesante UN DESCONOCIDO DON MANUEL, enfermo	Ruiz de Arana.
LORENZO, portero	Tamayo.
DON CALIXTO, inspector de policía	Galván.
DON SEBASTIAN, médico y diputado	Tojedo.
DON ROQUE SANCHEZ, médico	Robledo.
LUIS, secretario particular de S. E	Ramírez.
DON MIGUEL, ayuda de cámara	Capilla.
DON ANTONIO, médico	Jiménez.
DON EDUARDO, médico	Castro.
CHULO 1.º	Romero.
CHULO 2.º UN LACAYO	Soto.
UNO DE ORDEN PUBLICO	Gerona.
OTRO ID. ID	N. N.
UNA NIÑA UN NIÑO — hijos del Presidente	Srta. Riaza. Srto. Sánchez.

ACTO ÚNICO

Portal de casa grande adornado con todo el lujo posible.—En el foro la puerta de la calle.—A un lado y á otro, escalera que conduce á los cuartos principales, que estarán dando frente al público, con su correspondiente barandilla en lo que figura descanso.—El principal derecha es donde vive el Presidente del Consejo.—A la izquierda, en el portal, una mesa ó velador pequeño con recado de escribir y un pliego grande de papel lleno de firmas.—Cuando no perjudique al diálogo, una pareja de orden público paseará por delante de la puerta, sin entrar en el portal hasta que la acción lo reclame.—La portería está á la derecha, con su correspondiente trampilla practicable.—La escena en Madrid.—Epoca actual.—Empieza á las doce del día y termina al anochecer.—Por derecha é izquierda, la del espectador.

ESCENA PRIMERA

EL INSPECTOR hablando con los dos de Orden público que están á la puerta. DON MIGUEL, de levita y pantalón negros, grandes patillas y aspecto de hombre importante. Baja por la escalera de la derecha y se pone á hablar con LORENZO, portero, que llevará un mandil á rayas, y que estará limpiando la bola dorada del principio de la escalera.

INSP. Si no bastan ochenta carros de arena, que traigan ciento. Lo principal es evitar el ruido de los coches, y si á pesar de eso no se consigue, prohibid el paso á los carruajes. ¡Tengo que estar en todo! (Los guardias se van. Dirigiéndose á don Miguel y á Lorenzo.) Ya ven us-

669998

tedes el interés con que cuido de la salud del Presidente. ¡Me parece que si me dan un ascenso, me lo he sabido ganar! Ahora voy á la botica, y después á decir al maestro Trullás que venga á cortar el pelo á los niños de su excelencia. Adiós. (Vase por el foro.)

MIG. Hasta luego. (Sigue hablando con Lorenzo.)

ESCENA II

DON MIGUEL y LORENZO, que siguen hablando en voz baja; DON RUFINO SUAREZ, de aspecto humilde, con sombréro de copa y levita, entra pausadamente y, acercándose al velador, dice:

RUF. Soy el hombre más desgraciado del mundo. En cuanto pretendo un destino, ó cae el gobierno ó se muere el que ha de dármele. (Fijándose en la lista que habrá sobre la mesa.) No encuentro sitio donde firmar. ¡Ni en el papel hay vacante para mí! A ver si en este huequecito... (Coge la pluma para firmar.) ¡Dios mío!.. haced que no se muera, y si se muere, que deje firmada mi credencial; y si no la deja firmada, que vaya al purgatorio para que sepa lo que es este mundo. (Leyendo.) «El enfermo continúa lo mismo.» Me extraña que no esté mejor después del soneto que le escribí ayer. Firmaremos. (Escribiendo en la lista.) «Rufino Suárez, el cual tiene ofrecido, si »vuecencia se pone bueno, ir descalzo al ce»rrillo de San Blas.» ¡Así como así, voy descalzo á todas partes!... (Firma, y se va por el foro.)

ESCENA III

DICHOS, menos DON RUFINO

MIG. Cuando te traje del pueblo te hacía yo más listo; pero voy viendo que discurres en todo lo mismo que un colchón de muelles.

LOR. ¡Gracias, Miguelín!

MIG. ¿Ves? Otra necedad. ¿A qué me llamas Mi-

guelín? ¿No estás viendo que todo el mundo me llama don Miguel? ¿Crees tú que á un ayuda de cámara del señor Presidente del Consejo de Ministros, se le debe llamar Miguelín?

LOR. Hombre... comu eres mi primo, y de pequeño te llamaba así, pur eso... Por lu demás... *desimula*, don Miguel.

MIG. Todavía no has aprendido á conducirte con las personas, como es debido. El otro día trataste con muy málos modos al embajador de Portugal.

LOR. Miente si fué cun esa embajada al amu. Lu que sucedió fué que me dió una tarjeta que decía: «Piñeiro, embajador ordinario...» y díjeme yo:—pues si es ordinario, que suba pur la escalera de los criados;—y pur ella le encaminé. Pero déjate de sermuneo, y dime cómo está el amu. Yo me intereso verdaderamente por su salud, purque si se muere, tú dejarás de tener tanta mano cun él, y te echarán á la calle. Y lo que es enfermo de veras, me parece que lo está el infeliz. El médico me dijo esta mañana que tenía una calentura de cuarenta grados sobre el nivel del mar.

MIG. ¡Gracias á Dios que has dicho algo que tenga sentido común! Pues, hoy está un poco más aliviado; y aunque ha pasado la noche con angustias y con dolores...

LOR. Cumprendido. Con tu mujer y tu hermana.

MIG. ¡Lorenzo: no seas animal, por Dios!

LOR. ¡Ah! Vamos, sí; dolurido y angustiado.

MIG. Realmente la enfermedad es poca cosa; pero le conviene figurar que está grave, con el fin de que le sirva de pretexto para dejar el Gobierno, porque está ya cansado de mandar.

LOR. Como yo de obedecer.

MIG. Oye: si me llaman, estoy en el principal interior, en casa de don Lucas.

LOR. ¡Ah! Sí; el profesor de piano... de manubrio.

MIG. Voy á ver cómo está su hijo. Ahora está allí el médico, y él me dirá si es cosa de cuidado.

LOR. Pues, ¿qué le ha ocurrido?

MIG. Percances del oficio. El pobre muchacho se ha metido á picador de novillos, y eso sí, tiene sangre torera, como ahora se dice.

LOR. Si es picador, será sangre picadora.

MIG. Ayer salió por primera vez, y al poner la primera puya, le enganchó el toro, le volteó, le recogió... en fin, se encariñó con él...

LOR. ¿Y á eso le llamais encariñarse?

MIG. Y no le ha dejado un hueso sano. ¡Y en qué ocasión! Ahora que el amo, por recomendación mía, le iba á hacer cartero.

LOR. ¿Y por qué no haces que le den esa plaza á mi primo Antolín? Es chico listo, y para el correo interior sirve. El nun sabe las calles, pero las cartas que lleven señas que no sepa, las vuelve á echar al correo y así sale del paso.

MIG. Conténtate con la posición que te he dado, y no te metas á protector de nadie. ¡Cuántos gobernadores cesantes quisieran ocupar tu puesto! Vuelvo pronto.

LOR. Anda cun Dios, Miguelín.

MIG ¡Eh!

LOR. Vaya cun Dios, don Miguel. Hazte cuenta que no he dicho nada. (Vase Miguel por la escalera de la izquierda.)

ESCENA IV

LORENZO

Me va puniendo en cuidado la salud del Presidente, porque el día que él cierre el ojo, nosotros tenemos que cerrar la boca. Si yo tuviera segura una colocación mejor que esta, ya me daba lu mismo que sanara comu que no sanara; y esu que, como bonachón y campechano, lu es. La otra tarde le encuntré en la escalera, y le dije:—Señor, nun salga vuecencia que hace mucho aire, y el viento de Madrid mata á una bestia y no apaga un candil.—Creí que rodaba la escalera de risa.—No hay más remedio,—cun-

testóme;—hoy tenemos que elegir la mesa del Congreso.—A lo cual díjele yo:—Pues para elegir la mesa, que vaya la señora, ú yo, que también entiendo de muebles.—Y vuelta á reirse el pobrecillo... Voy á ponerme la librea, y luego á subir *El Motín*. ¡Qué risa le va á dar cuandu vea la caricatura! Le pintan de gran uniforme cun orejas de caballo y tirando de un carro de mudanza. ¡El demonio son los periodistas! Antes voy á darle un repasón á *La Correspundencia*. Me gusta mucho leer todos los días «el crimen de anoche y el desfalco de Cuba.» (Entra en la portería, y se sienta á leer.)

ESCENA V

DICHO y AYUDANTE del general PEREZ, vestido de uniforme. Se dirige á la escalera de la izquierda, y cuando ha subido dos ó tres escalones, se detiene y dice:

AYUD. Portero. (Pausa.) ¡Portero!

LOR. ¿Qué hay? (Sin dejar de leer.)

AYUD. ¿En qué piso vive el señor Presidente?

LOR. (Sin dejar de leer.) En el principal, hombre, en el principal. Estás trayendo todos los días el carbón, y nun sabes el cuarto.

AYUD. Pero, ¿con quién habla usted?

LOR. (Dejando de leer, y saliendo de la portería.) Usted dispense, señor. Es que tiene usted la misma voz del carbonero, y por esu le confundí. Vive en el principal. ¿Quiere el señor que le acompañe?

AYUD. No hace falta. (Lorenzo entra en la portería. El Ayudante sube y llama en el principal de la izquierda. La campanilla no suena.) Estas campanillas me azaran de un modo horrible. No me atrevo á llamar fuerte por temor de armar un escándalo; y si llamo flojo, no suena. ¡Tiraré un poco más! (Se oye un campanillazo tremendo y el ladrido de un perro de Terranova.) ¡Adiós! ¡Ya se alborotó el perro del Presidente!

ESCENA VI

DICHOS y la SEÑORITA del principal de la izquierda

SRTA. (Abriendo la puerta.) ¿Qué se le ofrece á usted? Pase usted adelante. (El perro sigue ladrando.) ¡Calla, Boulanger!

AYUD. Venía... Pero, señora, por Dios, que calle ese animalito.

SRTA. No tenga usted cuidado. No muerde más que al que no conoce.

AYUD. Pues haga usted el favor de presentarme.

SRTA. (Figurando que pega al perro.) ¡Toma! (Se oye el alarido del perro, que se aleja.)

AYUD. Soy el ayudante del general Pérez, y vengo á saber cómo sigue...

SRTA. ¡Ah! Sí.. muchas gracias; y dígale usted que está mejor.

AYUD. ¿Qué ha tenido?

SRTA. Una niña muy hermosa qué ha dado á luz esta mañana.

AYUD. ¡Señora... por Dios!... Si yo pregunto por el señor Presidente.

SRTA. ¡Já, já! ¡Tiene gracia! Es en el cuarto inmediato. (Éntrase y cierra la puerta.)

AYUD. ¡Pues no me he llevado mal susto! ¡Qué atrocidad! ¡Tendría que ver! (Llama en el de la derecha, y después de hablar en voz baja con el Ordenanza que sale á abrir, vase.)

ESCENA VII

DON SEBASTIÁN y DON ANTONIO, médicos, bien vestidos

ANT. (En el foro.) Pase usted.

SEB. De ninguna manera, señor La Olla; usted primero.

ANT. ¡No faltaba más! Usted es el médico de cabecera.

SEB. Pero, usted, en cambio, es un distinguido profesor llamado á la consulta.

ANT. Como usted quiera. (Entran en el portal.)

SEB. Pues, como le iba diciendo á usted, con la vida que trae este señor, y con su temperamento nervioso, no sé como no ha dado un estallido. Toda su enfermedad está en la garganta. Como habla tanto, y tan mal, en las Cortes, se le ha presentado una angina catarral que no me gusta; de esas que nosotros llamamos anginas de oradores, producida por el abuso del aparato vocal.

ANT. He curado muchas á esos que venden específicos en carretela.

SEB. Las enfermedades de garganta parece que se extienden entre la gente política.

ANT. Sobre todo entre los diputados ministeriales.

SEB. Es natural; tragan tanto, que á la fuerza han de tenerla irritadísima.

ANT. Pues, la dolencia de este señor, es preciso combatirla.

SEB. Pues la combatiremos.

ANT. Y la venceremos.

SEB. ¡Y el Presidente se restablecerá!

ANT. Pese á quien pese. Porque su existencia es preciosa para el país.

SEB. Y para nosotros. ¡Figúrese usted si le salvamos la vida!...

ANT. Todo le parecerá poco para pagarnos.

SEB. En dinero no será mucho, porque estos señores lo pagan todo en especie.

ANT. ¡Cómo en especie!

SEB. En distinciones honoríficas. Yo no me escapo sin una gran cruz; y á usted ya le estoy viendo con la cabeza en ferrocarriles... porque una plaza de consejero en esas Compañías es una ganga. Y aquí, para *inter nos*, yo solo podría sacar adelante al ilustre enfermo; pero, como además de médico, soy diputado de oposición, me pareció que la familia estaba... así, un poquillo escamada; y entonces dije: «yo no hago nada sin traer á consulta una eminencia en esta clase de enfermedades... á don Antonio La Olla.»

ANT. Muchas gracias.

SEB. A lo cual accedieron todos, y en particular la suegra del Presidente, que me dijo en seguida: «Doctor, no ande usted con miramientos: A la olla, á la olla.»

ANT. Repito las gracias. Le reconoceré con mucho cuidado, y después acordaremos el tratamiento.

SEB. En cuanto al tratamiento, el primer día le dí vuecencia; pero me le apeó al instante.

ANT. Si no me refiero á eso, por Dios...

SEB. Perdone usted, don Antonio... si es que estaba distraído. A mi juicio, lo primero que debemos darle es la estrignina.

ANT. Es lo que procede, siendo usted diputado de oposición. (Se dirigen á la escalera de la izquierda.)

ESCENA VIII

DICHOS y una JOVEN del pueblo bajo que entra por el foro

JOV. (Dirigiéndose á don Sebastián.) Don Sebastián, por la Virgen del Cármen, que hace tres días no va usted por casa, y aquel hombre se me está muriendo.

SEB. Estoy sumamente ocupado. La salud del Presidente es antes que todo.

JOV. Eso es; y á los demás que nos parta un rayo.

SEB. Si lo que tiene tu marido no es nada.

JOV. Pues lo que yo veo es que no puede resistir los dolores, y que se está dando de coscorrones contra la pared.

SEB. Bueno, bien; que siga así hasta que yo vaya, y no tengas cuidado. (Vase la Joven por el foro; y don Sebastián y don Antonio suben pausadamente la escalera.)

ESCENA IX

LORENZO; un DESCONOCIDO, que sale por el foro y con mucho sigilo, se acerca á la portería y dice:

DESC. Portero...

LOR. (Saliendo del cuchitril ya con librea y gorra de uniforme.) ¿Qué hay?

DESC. ¿Ha muerto ya el Presidente?

LOR. ¡Hombre! ¡Qué barbaridad! *Nin* lleva trazas.

DESC. ¿Que no? (Con mucha extrañeza.)

LOR. Comu que está más aliviado.

DESC. ¡Qué contrariedad! Pero ¿no le asiste don Sebastián Menéndez?

LOR. El mismo.

DESC. ¿Cuántas visitas le ha hecho?

LOR. Dos.

DESC. Pues, no le dé usted vueltas, á la tercera cae. Hasta luego. (Vase corriendo.)

LOR. ¡Eh! Buen hombre... Sí, sí; échale un galgo. En cuanto venga el Inspector le digo lo que sucede, porque este mucito me va escamando. (Entra en la portería.)

ESCENA X

DON SEBASTIÁN, DON ANTONIO, que han subido ya y les ha abierto la puerta la DONCELLA; pero ninguno de los dos quiere entrar antes que el otro, y se pasan gran rato haciéndose cortesías y cumplidos

DONC. (Saliendo á la puerta del principal.) Señores: el enfermo se va empeorando. Hagan ustedes el favor de dejarse de cumplimientos y de pasar pronto. (Los dos continúan haciéndose reverencias, hasta que, al cabo de un rato, entra primero don Antonio. Entre tanto, por la escalera de la izquierda, han bajado don Miguel y don Eduardo: este de aspecto humilde, pero no derrotado.)

ESCENA XI

DON MIGUEL, DON EDUARDO y LORENZO

EDU. (A don Miguel.) El porrazo fué tremendo. Yo no sé, todavía, si ha traido las narices á casa, ó si se las ha dejado en el redondel. La verdad es, que los picadores debían llevar los huesos numerados, y así, al reconocerlos, sabríamos, los médicos, el que les faltaba.

MIG. ¡Lo peor es la pierna, que se le ha quedado tan encogida!

EDU. Eso no me da cuidado. Pronto haremos que vuelva á su posición natural. Por de pronto, haga usted el favor de disponer que lleven esta carta á donde dicen las señas. La pobre familia no tiene por quién mandarla, y, por eso, le doy á usted esta molestia.

MIG. De ningún modo. Lo que me sobra á mí es gente. Treinta guardias de orden público hay en la calle, para lo que se ocurra en casa.

EDU. Gracias; y hasta luego. (Vase foro.)

MIG. Vaya usted con Dios. (Se asoma á la puerta.) A ver... uno. (Se presenta uno de orden público.) Lleve usted esta carta á don Roque Sánchez, médico, Olivar, 21; y si está en casa, que venga en seguida.

GUAR. (Tomando la carta.) Está bien. ¿Quiere vuecencia algo más?

MIG. Nada, usía; que vuelvas pronto.

LOR. Lu menus se ha creido que eras el ministro de Marina.

ESCENA XII

LORENZO, DON MIGUEL y CHULOS 1.° y 2.° que se paran delante de la puerta con un piano de manubrio. Chulo 2.° se pone á tocar, produciendo un ruido y una desafinación muy grandes. Al poco rato, la doncella de S. E. que se asoma á la barandilla

LOR. (Saliendo á la puerta precipitadamente.) Silencio, granujas... á ver si os callais. (Cesa el ruido.)

CHULO 1.° (Entrando.) ¿Y por qué? Si es nuestro oficio.

LOR. Porque hay enfermo.

CHULO 1.° Pues me alegraré que se alivie.

MIG. Es que el enfermo es un alto personaje.

CHULO 1.° Pues si es alto, mejor; así no llegará el ruido hasta él.

DONC. (Asomándose al descansillo y en voz baja.) Miguel, de parte de la señora, que dé usted un duro á esa gente y que se vaya. (Se entra.)

MIG. (Llamando aparte á Lorenzo.) Toma, dales cuatro pesetas y que se larguen.

LOR. (Aparte al Chulo 1.°, y guardándose dos pesetas.) Ahí tienes dos pesetas y ya estáis aquí de más.

CHULO 2.° (Acercándose al 1.°) ¿Cuánto te ha dao?

CHULO 1.° Dos reales.

CHULO 2.° ¡Ay, qué gachó! Dentro de media hora volvemos á tocarle la *Marsellesa*, á ver si acaba de una vez. (Vanse por el foro. Lorenzo entra en la portería y Miguel se ha subido á casa del Presidente.)

ESCENA XIII

DOÑA CLOTILDE y DOÑA LUISA, señoras muy elegantes, de alguna edad, pero bien conservaditas. Salen de casa del Presidente

LUISA Es una grosería que no tiene nombre. Venimos con el mayor interés á saber cómo sigue, y ni su mujer ni su hija nos dejan pasar á la alcoba.

CLO. Parece mentira que se den tanta importancia... ¡y conmigo que los he conocido con un trapo atrás y otro alante, como suele decirse!

LUISA Pues yo, sin ningún trapo, hija mía. Cuando vino á Madrid este hombre, y mi marido fué á verle, ¿cómo dirá usted que le recibió?

CLO. Vaya usted á saber...

LUISA Pues sin más ropa que un gorro griego y unos tirantes.

CLO. ¡Ave María Purísima! ¿Y el danzante del secretario? A ese le he conocido yo de tenor cómico de la compañía de Jesús...

LUISA ¿De la compañia de Jesús?

CLO. Sí, de Jesús Martínez, director de escena del teatro de Tacón.

LUISA ¡Ah! Eso es otra cosa. Por supuesto, que de estos desaires, tenemos la culpa nosotras, que venimos á visitarlos. Yo me marcho. (Besándola.) He tenido tanto gusto...

CLO. Espérese usted un poco. Mi coche no tardará en venir y yo la llevaré á donde usted quiera.

LUISA ¡Ah! ¿Tiene usted carruaje?

CLO. Es de mi primo el subsecretario, pero como lo paga el Estado, le usamos toda la familia. Ahora ha ido al Instituto á recoger á mi hijo; después irá al Congreso á llevar á mi marido, luego por mi prima que tiene que ir á tiendas, y más tarde vendrá por mí.

LUISA Pues crea usted que compadezco...

CLO. ¿A quién, á nosotros?

LUISA No, á los caballos que paga la nación (y á la nación que paga los caballos). Pero, diga usted, ¿qué vamos á hacer tanto tiempo en el portal?

CLO. Pues, hija mía, ¿qué hemos de hacer? Murmurar un poco, que bien se lo merecen.

LUISA Si es para eso, entonces me esperaré con mucho gusto.

CLO. De todos modos, yo he de volver á la noche, porque este señor me inspira un interés grandísimo, y sentiría que se nos malograra sin firmar el nombramiento de mi marido para Intendente de Cuba.

LUISA ¿Pues no me ha dicho usted que había venido chiflado de Filipinas?

CLO. Eso sí, completamente; pero chiflado y todo, es diputado á Cortes... y si viera usted qué bien habla .. Algunos párrafos, hasta le salen en castellano.

LUISA ¿Y en qué consiste la chifladura? Porque yo se lo he preguntado á muchos y nadie ha sabido contestarme.

CLO. La de mi esposo es de las más raras que yo he visto. Le ha dado por ser excesivamente amable y ceremonioso con todo el mundo. A mí me hace pasar unos ratos terribles. Figúrese usted que el otro día se encontró á un sacerdote amigo suyo.—«¿Cómo está uste?» le dice mi marido.—«Bien, gracias; ¿y la señora?» contesta el cura. Y mi esposo responde:—«Perfectamente; ¿y la de usted?»

LUISA ¡Tiene gracia! ¡Já, já!

CLO. El sofocón grande fué el que ayer pasé aquí. Estaba la sala llena de visitas; se acerca la hija del Presidente y le dice:—«¿Conque mañana es su santo de usted?» Y mi esposo,

por echárselas de galante, responde:—«Sí, señora, y el de usted.»—«¡El mío! ¡Si yo me llamo Mercedes y usted Policarpo!»—«No importa. Es que todo lo que es mío, es de usted también.» Todavía se están riendo.

LUISA ¡Ya lo creo! Por Dios... si eso es muy gracioso. ¿Y es verdad que le ha traido al Presidente grandes regalos de Filipinas?

CLO. Eso sí; espléndidos. Pañuelos de Manila, veladores maqueados, colmillos de elefante... y sobre todo, un cuchillo que fué del Sultán de Joló, de un mérito extraordinario. El mango no es el mismo, porque se perdió en la travesía; y la hoja se la hemos puesto nueva porque la otra estaba mellada; pero es auténtico. Yo misma los voy á traer después, y si está usted aquí podrá verlos.

LUISA Ya lo creo. Yo no dejo de venir á preguntar por su estado hasta que me sirva en lo que le he pedido.

CLO. ¿Pues qué le ha pedido usted?

LUISA Una pequeñez. Que á mi esposo, que le sienta muy mal esto, lo traslade á Lugo; y que á mi primo, que le sienta muy mal aquello, me lo coloque en Madrid. Pero, si no nos dejan verle, serán inútiles nuestras gestiones.

CLO. En cambio, á la duquesita la permiten que no se aparte de la cabecera. Es claro; tiene que mostrarse agradecida, porque si su marido es coronel, se lo debe al Presidente.

LUISA ¿Quién era aquel que estaba en mangas de camisa, batiendo unas claras de huevo, en la cocina?

CLO. Don Pedro Núñez, capitán general de los ejércitos nacionales.

LUISA ¿Y el que probaba las medicinas y daba friegas al enfermo?

CLO. El gobernador de Barcelona, que por ese medio quiere ganarse una gran cruz.

LUISA Pero ¡cuánta adulación, hija mía! A todo el que viene aquí, le trae algún interés. No así á nosotras, que venimos espontáneamente y sin otro movil que la salud del ilustre enfermo. (Se presenta en el foro un lacayo de librea.)

LAC. Señora...

CLO. Ahí está el coche. ¿Viene usted?

LUISA Sí; me dejará usted en el convento.

CLO. ¿Cómo?...

LUISA Tengo que ir á ver á mi tía la monja.

CLO. La conozco ¡Y qué hermosa es, por cierto! ¡Qué ojos tiene tan interesantes!

LUISA Como que las demás compañeras no la llaman más que sor barbiana.

ESCENA XIV

DICHAS y DON LUIS, que sale de casa del Presidente y se dirige á la puerta de salida; las dos señoras le detienen.

CLO. Luisito... ¿Qué ocurre? ¿Se ha puesto peor?

LUIS No, señora; todo lo contrario.

LUISA ¡Ay!... Respiro.

CLO. ¡Qué susto tan horrible! He creído otra cosa.

LUIS Pues tranquilícense ustedes. Adiós. No me puedo detener. Voy al Ministerio de la Guerra á un asunto urgente.

CLO. Le llevaremos á usted en el coche.

LUIS Muchas gracias. Ya sé de lo que van á hablarme. Ahora no puede ocuparse el Presidente de las recomendaciones de ustedes.

CLO. Pero, ¿quién pretende eso?

LUISA ¡Ave María Purísima! Lo primero es su salud.

LUIS Me ha dicho esta mañana que piensa colocar primero al protegido de la más bonita.

LAS DOS ¡Ay!... Muchísimas gracias.

LUIS A los piés de ustedes. (Vase por el foro.)

LAS DOS Siento mucho que no sea usted la preferida. (Vanse por el foro.)

LOR. ¡Jesús! ¡Qué par de cutorronas!

ESCENA XV

LORENZO y el DESCONOCIDO, que entra con el sigilo de siempre.

DESC. (Al Portero, que habrá salido de su cuchitril.) ¿Ha recaído, verdad? Ahora no me negará usted que está peor.

LOR. Pues, sí, señor, se lo niego á usted. Se encuentra mucho más aliviado.

DESC. Usted me engaña; usted está comprado por alguien para ocultarme la verdad.

LOR. No, señor, no oculto nada.

DESC. Pero, esos médicos, ¿qué hacen?

LOR. Nada: por eso está mejor.

DESC. No hay más: tiene que morir á la fuerza.

LOR. Naturalmente; por su gusto no ha de ser.

DESC. Pues la gente dice por ahí que este hombre no sale de hoy. Las tropas están en los cuarteles, la policía se agita, y todo hace creer que la revolución ha de estallar muy pronto. Cuando esto sucede, es que el enfermo se va; y como no me tenga usted al corriente de todo, se ha de acordar de mí. (Vase corriendo y tropieza con el Inspector que entra.)

ESCENA XVI

INSPECTOR y LORENZO

LOR. Llega usted á tiempo.

INSP. ¿Qué sucede?

LOR. Ese hombre que acaba de salir, ha venido ya dos veces á preguntar por el amu; y en cuanto le digo que está mejor, se enfurece. Para mí, trae muy malas intinciones.

INSP. ¡Qué me vas á decir á mí! Estoy harto de saber que se conspira contra la vida de su excelencia y contra el orden social. Sé el número y el cuarto donde se reunen los perturbadores.

LOR. ¿Y la calle?

INSP. Eso es lo único que me falta averiguar.

LOR. ¡Pues es una friolera!

INSP. Sé igualmente que para que le abran á uno la puerta de la casa, es preciso decir *amén*. He recorrido todos los números 60 de Madrid, he llamado en todos los pisos bajos, he dicho *amén*...

LOR. Y le habrán contestado Jesús.

INSP. No; me han dado con la puerta en las nari-

ces. El jefe de la revolución está en Madrid hace dos días. Le he visto llegar por la estación del Norte; pero después se me ha escabullido. He dado parte á mis superiores, y se están tomando todo género de precauciones, y se ha puesto en juego toda la policía. Ahora que digo *juego*, me marcho á escape al Casino á decir que los voy á sorprender esta noche, y en seguida vuelvo.

LOR. (¡Jesús, qué hombre! ¡No descansa un momento!)

INSP. (Muy preocupado, como hablando consigo.) A esos pájaros del *amén*, si los cojo, no les arriendo la ganancia. Codo con codo, y al *abanico*. Ya me estoy gozando en lo que van á pasar allí... si es que los coge sin dinero. Por supuesto, que yo los fusilaría y *requiescant in pace*...

LOR. Amén.

INSP. (Alarmado, y como volviendo en sí.) ¿Eh?... ¡Ah!... ¿Eres tú? Ten cuidado con esa palabra, porque hoy la considero subversiva. Hasta luego... No; antes voy á decir al señor Presidente un secreto que acabo de descubrir. Mucho ojo; y en cuanto vuelva ese hombre que viene con tanta frecuencia, me avisas. *Amén*, ya les daré yo el *amén*. (Sube la escalera, se encuentra en el descansillo con Merceditas y don Sebastián, que salen de casa del Presidente, saluda y entra.)

ESCENA XVII

MERCEDITAS y DON SEBASTIAN, en el descansillo. A poco DON ANTONIO.

SEB. Yo le encuentro mucho mejor.

MER. Y yo también, y eso que ayer me llevé un susto tremendo, porque estuvo muy amable con todos; pero desde que hoy he visto que á mi mamá la ha llamado estúpida y al secretario alcornoque, he dicho:—mi padre se salva.—Por supuesto, ¿nada de alimentos?

SEB. Puede comer de todo; pero, por Dios, no le

den ustedes café, porque una excitación nerviosa nos traería grandes perjuicios. (Se despide y baja la escalera. Sale don Antonio, y antes de despedirse dice á Merceditas:)

ANT. Lo menos en seis días no puede tomar alimento. Si pide café, le dan ustedes cuanto quiera, porque una excitación ahora, tal vez fuera nuestra salvación. (Baja la escalera, se une á don Sebastián que le está esperando, y se van por el foro —Conviene, para no estorbar á los personajes que salen en seguida, que bajen por la escalera de la izquierda.)

MER. Pues cualquiera sabe lo que se le debe dar á mi padre.

LOR. (Saliendo de la portería con telegramas y periódicos.) Vamos á entregar los telegramas que vinieron anteanoche. Desde el lunes los voy á subir por semanas para no hacer tantos viajes. (Va á subir la escalera, se encuentra con que van á bajar don Ceferino y los niños, y se detiene hasta que estos personajes han bajado. Después sube, entrega los papeles á Merceditas y baja otra vez, metiéndose en la portería.)

ESCENA XVIII

MERCEDITAS asomada á la barandilla. DON CEFERINO, que sale de casa del Presidente con una NIÑA y un NIÑO muy elegantemente vestidos.

CEF. Vamos, niños, vamos á paseo. (A Merceditas.) Descuide usted. Van conmigo lo mismo que si fueran con su padre.

MER. No sabe usted, don Ceferino, cuánto agradecemos sus atenciones.

CEF. Me gustaría que supiera el señor Presidente que los saco de paseo todas las tardes, que los llevo en mi coche, y que, á la vuelta, los meto en casa de Lhardy y los convido á pasteles y á Jerez Por lo demás, yo mismo los traeré, porque no me fío de nadie. (Van bajando la escalera.)

MER. Que no deis guerra á don Ceferino. Los lleva

usted al Retiro; se sienta usted allí, y que corran por donde quieran.

CEF. Sentarme, no, hija mía; porque como soy senador, en cuanto me siento me quedo dormido.

MER. Hábleles usted en francés, que la institutriz les ha prohibido que hablen en español.

CEF. ¡Hola, hola! ¡Ya tan ilustraditos!

MER. Lo que es Enrique devora la gramática francesa.

NIÑA El otro día, si no se la quita papá, se la come.

CEF. ¿Y en qué te andas ya?

NIÑO En *Telemaque ne pouvais se consoler*.

CEF. ¡Muy bien! ¿Y tú, hermosa?

NIÑA En *morceaux* escogidos, que me ha traído *madame*.

CEF. No se dice *madame*, se dice *madam*, hija mía. ¿No ves que la *é* es muda?

NIÑA (Con tristeza.) ¿Es muda? ¡Pobrecilla!

CEF. ¿Y la otra niña, no quiere salir de paseo?

MER. Está delicadilla. Le ha salido una erupción, y como se llama Pompeya, estamos con mucho cuidado.

CEF. Me parece muy bien. ¡Ese sí que es el colmo de la precaución!

MER. Que los traiga usted mismo, ¿eh?

CEF. Estas alhajitas no se las entrego yo á nadie. Que no se le olvide á usted decir al papá que vengo por ellos todos los días, y...

MER. Sí; y que los convida usted á pasteles, etc., etcétera...

CEF. Hasta luego, ¿eh?

MER. Adiós. (Los niños la tiran besos con las manos y ella á los niños. Don Ceferino, como distraído, le tira también un beso á Merceditas.) ¡Adiós, ricos! (Entrando y cerrando la puerta.)

ESCENA XIX

DON CEFERINO y los NIÑOS.

CEF. (Acariciando á los niños.) ¡Rica!. . ¡Precioso!... ¿Quién me quiere á mí?

NIÑOS. Yo.

CEF. ¿A quién le gustan más los pasteles?

NIÑOS. Á mí.

CEF. ¿Quién le va á decir á papá que me haga Consejero de Estado?

NIÑO Esta. } (Los dos con rapidez.)
NIÑA Este. }

CEF. Los dos á un tiempo, y así hareis más fuerza.

NIÑO Yo no me atrevo, porque le he pedido para mi profesor de latín una canongía, y me ha dicho que los destinos vacantes se los tiene que dar á los sargentos.

CEF. Pero, ¡qué salidas teneis! No he visto niños más despejados que vosotros Programa de hoy: de aquí á casa de Lhardy; tomamos unos pastelillos y una copita de Jerez...

NIÑA Una copita de Jerez, cada uno.

CEF. Es claro. Luego al Retiro.

NIÑO Y allí un vasito de leche con un mojicón.

NIÑA Con un mojicón... cada uno.

CEF. Sí, hermosa. (¡Qué afición tiene á especificarlo todo!) Jugais un ratito, y después...

NIÑA Otro vaso de leche con otro mojicón.

CEF. Y antes de llegar á casa... un cólico.

NIÑA ¿Para los tres?

CEF. No, hija mía; un cólico para cada uno. De todos modos, estad tranquilos, que por mojicón más ó menos no he de quedar mal. Así como así, el que dá más mojicones en esta vida es el que gana. *¿Allons á la promé-nade?*

NIÑOS *Oui, oui.*

CEF. *Allons enfants...* (Vanse por el foro cantando la «Marsellesa.» Don Ceferino lleva de las manos á los niños.)

ESCENA XX

DON ROQUE, viejo y no bien vestido, con una caja electro-medicinal en la mano: UN GUARDIA

ROQ. (Desde la calle y figurando que mira el número de la casa.) Número 60. Aquí es, no cabe duda.

GUAR. (Sin entrar.) Sí, señor, sí: yo mismo le he llevado á usted la carta.

ROQ. (Fijándose en el Guardia.) Es verdad. ¿Y quién se la entregó á usted?

GUAR. El mayordomo de su excelencia, que vive ahí en ese principal... (Señala á la derecha y vase.)

ROQ. Muchas gracias. (Entra en el portal.)

ESCENA XXI

DON ROQUE

¿Quién había de decirme, que á mis años me iban á llamar para asistir nada menos que á un personaje de esta importancia? ¿Por dónde habrá sabido este señor que yo soy una eminencia, cuando he sido siempre tan modesto, que no se lo he confesado á nadie? La verdad es que mi talento no es un grano de anís, mi reputación tampoco es un grano de anís, y la cuenta que voy á ponerle... tampoco va á ser un grano de anís. Desde que me he dado á la electricidad, el éxito en mis operaciones es brillante. El caso es que mi compañero, sólo me dice en su carta que traiga la máquina eléctrica, pero no me indica el sitio en que he de aplicar los reóforos. Eso corre de mi cuenta. Subamos, que el gran estadista se halla pendiente de mis conocimientos científicos. (Sube, llama y entra en casa del Presidente.)

ESCENA XXII

LUIS y DON SEBASTIÁN, por el foro

LUIS Las imprudencias de este inspector, no sabe usted á dónde nos han conducido. Todo Madrid está creyendo que la revolución se viene encima.

SEB. A mí me han dicho que el que ha de po-

nerse al frente de ella, está en Madrid hace dos días.

LUIS Pues yo acabo de averiguar que el que ha llegado hace dos días, procedente del Escorial, de girar una visita al cuartel de carabineros jóvenes, es el Ministro de la Gaerra; pero como este inspector lleva tres días en su destino y no le conoce, se le ha antojado que era el jefe de los revolucionarios. Ha hecho cundir la alarma, se han tomado precauciones militares, y resulta que hace dos días el Ministro de la Guerra se está persiguiendo á sí mismo, y tomando precauciones contra sí propio.

SEB. ¡Cuánto me alegro! Todo eso vá á servirme para referirlo en la sesión de mañana y poner en ridículo al Gobierno.

LUIS Muchas gracias: con eso acaba usted de matar á mi jefe.

SEB. Hombre, no me acordaba de que era médico... y estaba hablando como diputado.

LUIS Ese es el inconveniente de tener dos naturalezas.

ESCENA XXIII

DICHOS. El DESCONOCIDO por el foro y LORENZO que sale de la portería en cuanto vé á éste

DESC. (Muy contento) Buenas tardes, señores: ¡El ver á ustedes con esa cara de mal humor, me indica que ha muerto ya!... ¡Por fin! (Con alegría.)

LOR. Pues, no señor, no ha muerto.

DESC. Entonces esto es una burla... volveré. (Medio mutis.)

LOR. (Deteniéndole.) Eh, amiguito, quieto. ¡Usted vá á cantar ahora mismo!

DESC. ¡Hombre, cantar habiendo enfermo!...

LOR. Oiga, señor mío: ¿qué quiere decir *amén?*

DESC. ¡Así sea!

LOR. ¿Todavía con brumitas? Hagan ustedes el favor de no dejarle salir de aquí, hasta que

yo avise á don Calixto, para que se lu lleve al Gobierno civil pur conspirador.

DESC. ¡Por conspirador! ¡Eh, poco á poco, señores! Yo no soy más que un dependiente de una sociedad funeraria, titulada «El Sauce llorón», y por si hacía falta he venido tantas veces.

TODOS ¡Qué barbaridad!

DESC. Yo no falto á nadie. ¿Está mejor su excelencia? Pues quiere decir que aquí sobra uno. (A don Sebastián.) ¡Doctor, no me le abandone usted, por Dios! (Vase precipitadamente.)

ESCENA XXIV

DICHOS. EL INSPECTOR, que saca á empujones á DON ROQUE de casa del Presidente. Detrás DON MIGUEL

INSP. Esa es una infamia. Usted no saldrá de esta casa sin decir las intenciones que traía.

ROQ. Señores, por Dios, que yo he venido con el noble propósito de salvar la vida de su excelencia (Bajando.)

INSP. Sí, y le ha soltado una descarga eléctrica que á poco más se nos marcha por el balcón.

ROQ. Yo he seguido las órdenes del médico de cabecera.

SEB. ¡Las mías!

ROQ. Yo no me dirijo á usted para nada.

INSP. Señor Secretario, no hay que ponerlo en duda; la conspiración está descubierta: los jefes son estos.

LUIS (A don Sebastián.) ¡Pero es posible, don Sebastián! ..

SEB. Expliquémonos con calma, porque de lo contrario... vamos á perder el juicio.

INSP. (A don Roque.) A ver, ¿cómo justifica usted?...

ESCENA XXV

DICHOS y DON EDUARDO por el foro

EDU. (Dirigiéndose á don Roque.) ¡Ah! ¿Usted aquí? ¿Supongo que habrá usted cumplido su misión?

INSP. ¿Otro? ¡Ya van cayendo!

EDU. SEB. } Pero...

INSP. ¡Silencio! Vamos por partes (A don Roque.) ¿Con qué derecho ha penetrado usted en la alcoba del señor Presidente?

ROQ. En virtud de esta carta. En ella se me dice que venga en seguida á la calle del Pez, que es esta, número 60, que es este, cuarto principal... (Señalando al cuarto principal derecha.)

EDU. Que no es ese, mi querido don Roque, sino el cuarto principal interior.

MIG. Pues ya está comprendido: yo mandé la carta por un guardia de orden público.

ROQ. (Muy triste.) ¿De modo que no he sido llamado para asistir al señor Presidente del Consejo de ministros?

EDU. No; para asistir al Berengena, picador de novillos embolados.

ROQ. Pues me parece que aquí el embolado he sido yo. (Vanse don Roque y don Eduardo por la escalera de la izquierda.)

ESCENA XXVI

DICHOS, menos DON ROQUE y DON EDUARDO

LUIS Me parece, don Calixto, que está usted tocando el violón.

INSP. Me parece, don Luis, que lo que está sucediendo es motivo muy fundado para levantar sospechas.

LUIS ¿Y esos demagogos que se reunen á la voz del *amén*, ha dado usted con ellos?

INSP. Esta noche caerán en mi poder. Sé fijamente dónde se reunen, y he de traérselos á usted á todos para que no dude de mi actividad.

ESCENA XXVII

DICHOS, DON MANUEL, mal vestido; aspecto entre revolucionario y cesante. Se acerca á la puerta del cuarto bajo izquierda y llama.

VOZ MUJER (Desde dentro.) ¿Quién es?

MAN. *¡Amén!*

LUIS (A los tres con quienes está hablando.) ¿Han oído ustedes?

VOZ Aquí no vive nadie de ese apellido.

MAN. Pero, señora, mire usted que estoy desesperado. ¿Diciendo *amén*, no puede usted abrirme? ¿Si habré equivocado la palabra?

INSP. (Cogiendo de un brazo á don Manuel y llevándole en medio de la escena.) Oiga usted, señor mío, ¡por qué ha dicho usted *amén!*

LUIS ¿A qué ha venido usted á esta casa?

INSP. ¡Ustedes se reunen ahí!

MAN. Debe ser en otra parte: habré confundido las señas. ¿Usted las sabe?

INSP. Sí, señor.

MAN. Pues haga usted el favor de llevarme, porque el asunto urge.

INSP. Usted se viene conmigo al Gobierno civil por conspirador.

MAN. ¡Ah! ¿Por eso? Pues antes voy á confesar á ustedes todo lo tremendo del plan.

INSP. Eso, eso.

MAN. (Con misterio.) Yo padezco de horribles dolores de estómago. Como los médicos me han dicho que no tome otra cosa más que líquidos, llevo dos años alimentándome sólo de aguardiente. Y, no estoy seguro, pero me parece que de ahí viene esta irritación.

LUIS ¿Se está usted burlando de nosotros?

MAN. ¡Dios me libre! Esta mañana me desperté con agudas punzadas: quise desayunarme, y ¡nada!

SEB. No se lo permitiría á usted el estómago.

MAN. No, señor, la falta de recursos —Me voy á suicidar, le dije á mi patrona, y empecé á acariciar...

MIG. ¿A la patrona?

MAN. No: ¡la idea de quitarme de enmedio!—«Yo conozco, dijo la patrona, á un médico que no sabe medicina...»

SEB. (¿Si seré yo?)

MAN. «Cura todos los males sin receta. Dice una oración, y poniendo la mano sobre el sitio dolorido, desaparece el mal.»—A mi patrona le ha curado un dolor que le corría todo el cuerpo...

LUIS (¡A que tenemos otro del «Sauce llorón!»)

MAN. En la calle del Pez, 60 duplicado—y ahora me figuro que este es 60 sin duplicar—cuarto bajo, vive ese hombre, de quien todos dicen que es santo. El Gobernador le persigue porque ejerce la medicina sin título. No admite en su casa más que personas conocidas y que no puedan comprometerle. Llame usted á su puerta, diga usted *amén*, nada más, y le dejarán el paso libre.

INSP. (Amenazándole.) Si no fuera mirando que es usted un desgraciado...

LUIS (Al Inspector.) Y usted otro, hoy mismo quedaba usted cesante. Está visto que el único perturbador del sosiego público es usted.

INSP. Poco á poco: yo no me fio. Vamos al 60 duplicado, y como en realidad ese curandero no sea un santo, ya puede usted encomendarse á Dios. (Vanse el Inspector y don Manuel: éste empujado por el primero.)

SEB. Oiga usted, don Luis; para que se calmen los temores que ha infundido ese desgraciado Inspector, lo mejor será que anuncie usted á todos que el señor Presidente está muy aliviado y que puede recibir á sus amigos. (Sube, seguido de Miguel, á casa del Presidente.)

ESCENA ULTIMA

LUIS, DOÑA LUISA, DOÑA CLOTILDE y DON CEFERINO con los NIÑOS: éstos traen algunos juguetes. El LACAYO con cajas y objetos. Todos entran con alguna agitación y rodean á don Luis

CLO. Vengo muerta, Luisito. ¿Es verdad que el Presidente está gravísimo?

LUIS A mí me han dicho que acaba de morirse.

CEF. Pues á mí que hoy era la misa de cabo de año.

LUIS Todo lo contrario. Tengo el gusto de anunciarles que se encuentra ya perfectamente y que desde hoy empieza á recibir visitas.

CLO. ¿De manera que podemos verle?

LUIS Cuando ustedes quieran.

LUISA ¡Qué felicidad! Lo que he sufrido mientras ha estado enfermo, sólo Dios lo sabe.

CLO. Paulino: (Al lacayo.) usted delante. (A don Luis.) Son los regalos que mi esposo le ha traído de Filipinas. (Empiezan á subir la escalera.)

CEF. (Dirigiéndose, con los niños, á la escalera.) Quiero dejaros en la misma alcoba de vuestro papá, para que vea que no os abandono un instante. Decidle que yo os he comprado estos juguetes. ¡Y tú, *monin*, no te olvides de aquello!

LUIS (Me parece que acabo de hacer una barbaridad. Cada uno va á hablarle de sus pretensiones y le van á volver loco. ¡Ah! ¡Qué idea!) Señores: aunque el ilustre enfermo tendrá mucho gusto en recibir á ustedes, les suplico que no le hablen de política, porque hace dos horas que ya no es Presidente del Consejo de ministros. (Todos se quedan estupefactos en la escalera, y luego empiezan á descender, acercándose á don Luis.)

CLO. ¿Qué dice usted? ¡Es posible!

CEF. (A los niños, dejándolos en el comienzo de la escalera.) Vosotros subid solitos, que ya teneis edad para ello.

CLO. ¿Y se sabe á quién han nombrado en su lugar?

LUIS (Como vacilando.) Al general Alvarez.

CLO. ¿Al general Alvarez? (A Paulino, que ya habrá llegado al cuarto principal.) Paulino: baje usted en seguida... y lleve usted todo eso á casa del general Alvarez. Dígale usted que mi esposo le ha traído ese recuerdo de Filipinas. (Vase con doña Luisa y el lacayo.)

CEF. Adiós, Luisito. Siento la caída; pero, francamente, este Gobierno no podía seguir. A este hombre le faltaba cabeza.

LUIS Y á usted le falta nariz, porque no ha olido que esto fué una broma y que el Presidente sigue en su puesto y seguirá por muchos años.

CEF. ¿Es de veras? ¿No ha caído? Niños... niños... (Echando á correr; tropieza en la escalera, y cae.) ¡Yo sí que he caído! (Se levanta y sube corriendo hasta que alcanza á los niños, que han llegado al descansillo de la escalera. Luis, riéndose, sube tras ellos.)

LOR. (Saliendo de la portería y como dirigiéndose á los que se fueron por el foro.)

¡Vayan benditos de Dios,
que ya volverán mañana!
Lo que estoy diciendo siempre:
(Al público.)
este mundo es una farsa...
Y aquí da fin el sainete;
perdonad sus muchas faltas.

(Antes de bajar el telón aparecen los chulos del organillo, y después de decir los últimos versos Lorenzo, tocan desaforadamente «La Marsellesa.»

FIN DEL SAINETE

SAINETES DEL MISMO AUTOR

Cuadros al fresco.
El Teatro moderno.
El arte por las nubes.
Enfermedades reinantes.
Juicio de exenciones.
¡A perro chico!
Un domingo en el Rastro (1).
Fiesta nacional (2).
¡Hoy sale, hoy!... (3)
¡Bateo, bateo!... (4)
Pavo y turrón (5).
El Corral de las comedias.
Ultramarinos.
Los Portales de la Plaza.
¡Amén! ó el ilustre enfermo.

(1) Música de los maestros Chueca y Valverde.
(2) En colaboración de D. Javier de Burgos; música de Valverde y Chueca.
(3) Idem id. id.; música de los maestros Barbieri y Chueca.
(4) Idem id. con D. Julián Romea.
(5) Idem id. con D. Javier de Burgos; música del maestro Nieto.

PUNTOS DE VENTA

MADRID

Librerías de los *Sres. Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, 9; de *D. Fernando Fe*, Carrera de San Jerónimo, 2, de *D. Antonio San Martín*, Puerta del Sol, 6; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, 7; d *D. Manuel Rosado*, calle de Esparteros, 11; de *Gutenberg*, calle del Príncipe, 14; de los *Sres. Simón y C.ª*, calle de las Infantas, 18; de *D. Hermenegildo Valeriano*, calle del Horno de la Mata 3, y de los *Sres. Escribano y Echevarría*, plaza del Angel, 12

PROVINCIAS Y EXTRANJERO

En casa de los corresponsales de esta Administración.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.